

Víctimos



Víctimos

R. B. S. Candelas



Ramón Candelas Pérez
Víctimos

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. N.º 01/2019/797.

© Ramón Candelas Pérez, 2019

© De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2020

© De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2020

Primera edición, junio de 2020. R 2.0

ISBN: 9798640894844

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

A todas las mujeres que,
como Alba, Berta y Claudia,
sufren, o sufrieron, en silencio.

*En este mundo se paga por todo tarde o temprano.
Nada es gratis, salvo la gracia de Dios.*

Valor de ley.
Joel y Ethan Cohen.

La mujer se levanta temprano, antes de que claree la mañana. Antes de que el despertador interrumpa los apagados ronquidos de su marido, que por la noche llegaron a arreciar con virulencia. Inclínada sobre el costado dolorido, se dirige al baño, donde se alivia la vejiga y se refresca la cara antes de emprender el rutinario sinfín de faenas domésticas. No será hasta dentro de cuarenta minutos, cuando se quede sola en casa, que tendrá tiempo para ocuparse de sí misma. O más bien, para emprender una frenética carrera que le permita llegar a tiempo al instituto donde trabaja.

Prepara café, zumo de naranja, tostadas y un bol de cacao con cereales. Se asegura de que la camisa del marido está bien planchada; repasa el uniforme del niño y le cepilla los zapatos, que con el ajetreo del día anterior se quedaron como habían llegado, hechos un asco. Mientras su esposo se afeita y se ducha, ella despierta al pequeño, pelea con él para que se levante de la cama, pelea para que se vista y pelea para que desayune. Tanta pelea, tanto trajín, tanto andar de aquí para allá, hacen que el dolor en el costado se recrudezca. Hasta el simple gesto de levantar su tazón se convierte en amarga tortura.

Para cuando el marido —repeinado, perfumado, la camisa impecable y la expresión descansada— se sienta a la mesa, el niño ha olvidado su mal humor y le hace carantoñas. Todo un clásico: la pelea es para ella; las carantoñas, para él.

Antes de que a la mujer le dé tiempo a acabar su café, el niño le da un beso de despedida y el marido se despide sin beso, porque los besos de hola y adiós hace tiempo que se convirtieron en innecesarios; y más los de él, que se precia de no pecar de almibarado. Y cuando padre e hijo salen de casa juntos, porque el reparto de tareas domésticas se limita a que él lleva al niño al colegio —que le coge de camino al estudio, por cierto—, ella, por fin, puede quitarse la bata y el camisón, lo que le cuesta otra punzada en el costado, y hacer balance de daños ante el espejo: un hematoma del tamaño de una naranja bajo la axila izquierda, a la altura de las costillas.

Poca cosa, comparado con lo de otras veces.

Además de la naranja amoratada, el espejo le devuelve una mirada triste, vacía, desesperanzada. La mujer siente rabia, desprecio de sí misma. Debería ser valiente, pero la enseñaron a ser sumisa. Quiere gritar, pero no se atreve para no alarmar a los vecinos. En lugar de ello, sendas lágrimas deslizan por sus mejillas.

Desayuno con naranja.

Gilda de tal.

*Publicado en el blog *La mala sangre*.*

1

Una noche sin luna.

Un descampado en el extrarradio.

Una furgoneta blanca, vetusta. De las de mercadillo.

Fuera, un ligero vaivén, acompasado al crujir de unas ballestas oxidadas.

Dentro, en la caja trasera, tres mujeres, un hombre y una confusión de jadeos, grititos, risas y gemidos. Los jadeos son de una rubia treintañera que cabalga al hombre; los grititos, de una pelirroja veinteñera que jalea a la rubia; las risas, de una morena cuarentañera —ella lo prefiere a cuarentona— que acoge la cabeza del hombre entre sus maternas pechos.

Los gemidos son, en fin, del hombre, un gitano bien parecido que no se ha visto en una así en su vida.

Ni volverá a verse, porque está a punto de morir.

Gemido. Gemido. Gemido.

Y así, dale que te pego hasta alcanzar el objetivo.

Gemiiiiidooo.

El vaivén se detiene lo justo como para que la pelirroja impaciente tome el relevo de la rubia saciada. Y otra vez, dale que te pego.

Gemido. Gemido. Gemido.

La morena, a quien por veteranía ha correspondido el descorche, acaricia el cabello del hombre mientras aguarda, sin prisa, el momento M. Momento que llega minutos más tarde, cuando todos actúan con una sincronía que ya quisieran para sí los del Bolshói.

La pelirroja culmina.

Gemiiidooo.

El hombre hace lo propio.

Gemiiidooo.

La rubia, con una destreza ensayada, embrida —clic, clic, clic— una brida eléctrica que previa, disimuladamente, la morena ha deslizado por el cuello del varón.

Y la pelirroja se desacopla de este de mala gana, pues con gusto se lo habría quedado dentro un poquito más.

—¡Ahora!

Rubia, morena y pelirroja dan un salto atrás cuando la primera da un tirón a la brida con todas sus fuerzas.

Clic, clic, clic.

Gemido.

Pero de otro tipo, mezcla de sorpresa, angustia y espanto.

El hombre se lleva las manos al cuello. Se retuerce con violencia. Se congestiona. No grita porque no puede. Solo el gemido indefenso, patético, humillado. Se congestiona más. Se revuelve hacia las mujeres, los ojos fuera de las órbitas, pero no intenta agarrar a ninguna de ellas porque necesita las dos manos para un inútil, desesperado intento por sobrevivir.

Ellas recogen su ropa, lo esencial para cubrir sus desnudeces, abren el doble portón, saltan las tres a una y lo vuelven a cerrar de golpe a sus espaldas.

—¡Mierda, he pisado un charco! ¡Mis zapatos!... —se queja la rubia.

—¡Joder, qué frío! —se queja la pelirroja.

La morena no se queja. Se limita a ponerse el suéter y las bragas —qué práctica, la falda, para estos menesteres: no hay ni que quitársela—, y a encender un pitillo con pulso tembloroso.

—Le daremos cinco minutos —dice.

Dentro, los golpes y los gemidos se espacian cada vez más hasta enmudecer. Fuera, las mujeres fuman en silencio —lo ha-

cen en contadas ocasiones, como esta— y miran sin ver. Miran la negrura de la noche, que no es tal, pues el halo anaranjado de la metrópoli cercana oculta las estrellas. Miran los desconchones y los chorretones de herrumbre del portón. Miran el reflejo en los charcos de las farolas de una circunvalación cercana. Miran todo eso, y lo único que cada una de ellas ve es su propio interior.

Consumidos los cigarrillos, la morena abre con prudencia una hoja del portón.

—¿Está? —dice la rubia por encima de su hombro.

—Está.

Suspiran las tres a una. Hora de terminar la faena. Mientras las otras se aseguran de que no olvidan nada, la pelirroja improvisa, con una toalla mugrienta —el ajuar de la furgoneta no da más de sí—, un sudario sobre el rostro abotagado de ojos vidriosos y expresión aterrorizada.

—Que Dios se apiade de su alma —dice a modo de responso.

—Que se joda —respuesta, por su parte, la rubia—. Las pelucas, venga —apremia.

Ni rubia, ni pelirroja ni morena. Liberadas de los respectivos artificios, las tres mujeres parecen respirar mejor.

—Uf, qué gusto... —suspira, aliviada, la rubia que ya no es rubia, sino castaña clara.

—Y que lo digas —confirma la pelirroja, ahora rubia con mechas—. Cómo picaba, la condenada.

—Traed el coche, chicas —dice la morena, que ahora luce un castaño ceniciento.

Cinco minutos después, la veinteañera —para entendernos mejor— vacía un bidón de gasolina por toda la caja de la furgoneta. La cuarentañera prende fuego a un trapo, lo arroja dentro, y

ambas salen corriendo hacia un baqueteado *Ford Escort* granate en el que la treintañera espera con el motor encendido.

—¡Vámonos! ¡Rápido!

Al enfilarse el camino vecinal que desemboca en el descampado, la veinteñera vuelve la vista atrás desde el asiento posterior.

—¡Jopé, vaya pira! —se estremece.

La treintañera asiente. Si su compañera pudiese verle la cara, advertiría un rictus de satisfacción.

—Un hijoputa menos —sentencia.

2

Berta —ninguno de los nombres que aparecen en esta historia es auténtico, por motivos obvios— lanza el dado con la misma expectación que si se jugase toda su fortuna. Si tuviese alguna, es decir. El dado rebota sobre el colorido tablero de cartón, rueda con un clac, clac, clac, salta al tapete de la mesa camilla y queda inmóvil, mirando a Berta con un par de ojos inexpressivos desde su brillante carita de marfil —de plástico barato, en realidad—.

—Dos —anuncia Claudia, que se ha empeñado en hacer de maestra de ceremonias y comenta hasta lo evidente—. Pregunta de quesito, si quieres.

—Buf, pero quesito de Geografía. ¡Con lo mal que se me da! —se queja Berta, dubitativa—... Venga, va. Dispara —se decide al fin.

Ceremoniosa, como se le supone, la maestra de ceremonias toma una cartulina, la lee para sí, dando emoción a la cosa, y solo entonces pregunta.

—¿Qué montes españoles tienen nombre de una capital de provincia?

—¡Me la sé, esa me la sé! —exclama Alba.

—Sssh, calla —ordena Claudia.

—Pero hay rebote, ¿no?

—De eso nada.

—Callaos las dos y dejadme pensar —exige Berta, que tiene un minuto exiguo para repasar las cincuenta capitales, o las que recuerde, a ver cuál tiene nombre de cordillera—. Esto... Hum... La Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, Oviedo, Santan-

der...

Enumera por lo bajini, tratando de ser metódica, hasta que se atasca con las provincias de Castilla-León, que son muchas. Solo cuando le viene a la cabeza una excursión que hizo con Yago a Albarracín, en la época en que eran felices novios, tiene una inspiración.

—¡Montes de Teruel! —exclama triunfal, echando mano al bol de los quesitos—. ¡¡¡Quesito azul!!!

—Chsss, para el carro —la detiene Claudia—. Aquí pone «Montes de Toledo».

—¿Cómo que Montes de Toledo? —protesta Berta—. Bueno, pero también tendrán que valer los Montes de Teruel, ¿no? No creo que los hayan quitado desde que estuve yo ahí —defiende, para luego buscar apoyo—. ¿Verdad, Alba?

Con veintiocho años recién cumplidos, la aludida es de una generación que tiene respuesta para todo; o, mejor dicho, que sabe buscarla. En el móvil.

—Mmm. Yo hubiera dicho de Toledo, desde luego, pero de Teruel... —Toquetea unos instantes la pantalla, sin resultado aparente—. Pues no encuentro nada. ¿Estás segura?

—Por estas. De Teruel, tirando pa' Cuenca...

Continúa Alba la investigación, consciente de su responsabilidad como jueza del litigio.

—Los que tú dices son los Montes Universales, chata —concluye al fin—. Lo de Montes de Teruel te lo has inventado. Hala, devuelve el quesito.

—¡Mierda! ¿Estás segura?

La improvisada jueza se encoge de hombros, cede el móvil a su amiga para que lo compruebe por sí misma y coge el dado de marfil. De plástico, o sea.

—Me toca —dice.

—Espera un minuto —interviene Claudia—. Tengo pis.

Berta también se levanta de su silla.

—Pues yo voy a hacer un té —anuncia—. ¿Alguien se apunta?

—Yo.

—Y yo.

Cinco minutos después, cuando una regresa con expresión aliviada, y la otra, con una bandeja humeante entre las manos, nada en Alba, calculadamente indiferente a todo lo que no sea el repaso de sus cutículas, permite adivinar que se ha estudiado las respuestas de las siguientes tres o cuatro tarjetas.

—Te ha estado sonando el móvil, Claudia —dice—. El wasap.

—Gracias. A ver... —La cuarentañera larga, más cercana a los cincuenta que a los cuarenta, se ajusta las gafas de presbicia temprana y se afana con la pantalla táctil, con la que tiene menos facilidad que sus compañeras—. Tengo trabajo, chicas —anuncia tras tocar, leer, deslizar, leer—. Hemos de dejar la partida.

—¿Dejarla? —protesta Alba, que se las prometía muy felices—... ¡Pero si me toca a mí!

—¿Y no puedes dejar tú el trabajo para luego, para después de cenar? —sugiere Berta.

—¡Uf, mejor no! Es que tengo mucho acumulado; y ya sabéis que a mí me entra el sueño enseguida.

—¿Y qué es eso tan urgente, si puede saberse? —se interesa Alba.

—Me han enviado un artículo que encaja en «Maltrato psicológico». He de leerlo, revisarlo y subirlo a *La mala sangre*.

—Ah —concede Berta, aquiescente.

—Ah —concede Alba, aquiescente—. Pero podemos continuar la partida después de la cena, ¿no?...



—¡A la mesa, que es la hora!

Si hay algo tan sagrado como el blog de Claudia en el piso que las tres mujeres comparten en el madrileño barrio de Lavapiés, eso son las noticias de las nueve. No hay hervido valenciano, tortilla de patatas o pechugas de pollo a la plancha que no vayan acompañadas de su correspondiente ración de culebrón catalán, corrupción política, exabruptos de Trump y desmanes de género. De género masculino, se entiende.

Hoy toca coliflor con brécol y refrito en la mesa; y en la tele, asesinato en Alcobendas: un jubilado de setenta y un años ha asestado dos puñaladas a su esposa y luego se ha arrojado por el balcón. No se ha matado en el acto, porque era un segundo piso, pero ha ingresado cadáver en el hospital.

—¡Qué cabrón! —se indigna Claudia—. ¿Por qué no se ha tirado antes de emprenderla con ella?

—Porque no ha tenido huevos —responde Berta—. Son todos unos cobardes: necesitan cometer una barbaridad que los aterrorice para atreverse a saltar por la ventana.

—Otra pobre desgraciada —se lamenta Alba—. Y van... ¿Cuántas?

—Trece en lo que va de año —confirma Claudia—. Y subiendo.

—Joder.

—Eso, joder.

Entre lo de Alcobendas y los dos o tres casos que aún colean en los juzgados, tras la cena se han desvanecido las ganas de partida. Como el turno de cocina corresponde a Berta, Claudia regresa a su blog, y Alba aprovecha para arrellanarse a sus anchas en el sofá ante su *reality* favorito. Uno que solivianta a

sus compañeras.

—Menos telebasura y más cultura —predica Berta desde la cocina cuando escucha la sintonía.

—¿Y qué quieres? —se atrinchera Alba—, ¿que me ponga un documental?

—Pues no te vendría mal. —Su compañera se asoma a la puerta de la cocina, puesta de delantal y guantes de goma—. Pero tía, ¿tú no eras universitaria?

—¡Bah! —desdeña la otra—. Dos años de Historia del Arte... Ojalá no lo hubiese dejado.

—Lo que no entiendo es por qué no lo retomas. Podrías matricularte en... No sé, en la Universidad a Distancia, por ejemplo.

—¡Qué gran idea! —exclama con sorna la veinteañera—. Así seguiría metiendo un montón de horas como cajera mileurista, pero con título universitario.

La treintañera se encoge de hombros.

—Ya. Quién sabe, igual conoces a alguien interesante en la universidad —apunta.

—¿Te refieres a un hombre que vuelva a joderme la vida?

—Mujer, no seas así. —Un guante de goma rosa hace un gesto en derredor de Berta—. También hay hombres buenos ahí fuera.

Alba se incorpora sobre el sofá con el brillo de un *nosequé* en los ojos claros. Un *nosequé* de malicia.

—¿Como Ulises, quizá?

Berta lanza una mirada cómplice hacia la zona de dormitorios.

—Huy, calla; al inspector ni lo mientes —susurra con gesto divertido—. A una que yo me sé no le hace ni pizca de gracia que bromeemos con...

Casualmente, *unaqueyomesé* aparece en ese preciso instante por el pasillo, precedida por un ordenador portátil desplegado.

—¿Qué cuchicheáis? —se interesa, el ceño fruncido, para desinteresarse de inmediato—. Chicas —anuncia, solemne—, tenemos un nuevo trabajo a la vista.

El concilio se realiza alrededor de la polivalente mesa camilla, sobre la que el ordenador de Claudia muestra la fotografía de un hombre de edad mediana. Un toque gris en las sienes da un plus de respetabilidad a sus facciones regulares de nariz recta, labios finos y —apenas se ve, pero se intuye— dentadura profidén. El «trabajo» se llama Víctor —nombre ficticio, recuerden—, y, según la información recibida vía *La mala sangre*, acaba de ser puesto en libertad sin cargos al retirar su esposa una denuncia por malos tratos.

—¿Y qué propones que hagamos con él? —pregunta Bertha, tras escuchar los primeros detalles del caso—. ¿Otra pira como la de Nino, el gitano de la furgoneta?

—¡Buah!, qué bien follaba el tío —evoca Alba—. ¿Os acordáis?... Casi me dio pena.

—¿Pena? —se irrita Claudia—. ¡Menudo hijo de puta! Por poco mata a su mujer de una paliza. ¡Si la dejó tuerta, joder!... Y luego la abandonó como a una perra porque se había quedado hecha un adefesio, el muy...

—No, si ya. Pero reconoceréis que tenía un polvo —insiste la más joven.

Los ojos levantados al cielo de su amiga indican que la deja por imposible.

—Bueno, pues este tal Víctor es todo lo contrario —dice, volviendo al tema—. No por lo del polvo, que también lo tiene, sino por los posibles: se trata de un ejecutivo de La Castellana con chalé en La Moraleja. Un pijo requeteforrado; y la mujer, una desgraciada. Él le hace la vida imposible, pero lo tiene todo bien atado: ella se queda en la calle si lo abandona.

—O sea, que no vamos a quemarle el chalé —bromea Ber-

ta.

—No seas bruta. Hemos de pensar muy bien cómo hacerlo para no dejar huellas.

—¿En un hotel, como lo de Illescas? —sugiere Alba.

—Podría ser. Pero primero habrá que investigarlo, como siempre. Veamos...

Tras el concilio, las tres amigas aún tienen tiempo, antes de acostarse, para un ratito de sus pasatiempos favoritos; a saber: el blog de Claudia —aunque para Claudia su blog contra la violencia machista es mucho más que un pasatiempo—, el Facebook de Berta y el *reality* de Alba.

La veinteañera es consciente de que Berta tiene razón: la tele es una pérdida de tiempo; y la telebasura, ni te cuento. Lo que pasa es que el culo se le queda pegado al sofá en cuanto comienza *Ellas y ellos*. Le gustan, qué tiene de malo, los vientres achocolatinados de ellos, sus bíceps cubiertos de tatuajes y sus barbas de pocos días; de ellas, sus peinados radicales, sus vestimentas sexis y su parafernalia de abalorios y pírsines; y de todos, esa labia descarada que lo mismo es agresiva que sensible, autoritaria que sumisa. Y le gusta irritarse con los improperios de fulana y emocionarse con las lágrimas de mengano, o viceversa. Y lo que más le gusta, ya puestos, es el presentador, que tiene, por supuesto, más labia que ninguno; y que, además de simpático y de tener respuesta para todo, se parece, mira por dónde, a Zeno.

Y eso, lo de ver o imaginar a Zeno en la tele, con toda su buena planta, sus buenas maneras y su esmerada galantería, le provoca una desazón que le impide prescindir del programa, cual adicto incapaz de poner fin a la adicción que lo destruye. Desazón que, si las más de las veces es fruto del desdén que siente por todo lo que Zeno representa, las menos se debe a un acceso de remordimientos.

Alba

Alba no es su verdadero nombre, como ya sabemos, pero le sienta bien: tiene una tez clara, que jamás tuvo que preocuparse por el acné, y unos ojos claros, de un azul luminoso como el día. Alta, delgada, nunca tuvo que subirse a unos tacones para que su silueta de gacela despertase la envidia de amigas y el deseo de amigos. Sus labios, llenos y bien dibujados, podrían decirse de color fresa si eso no pareciese una cursilada; pero es cierto que nunca necesitó de carmines para destacar la sonrisa cálida, acogedora, hermana tímida de una risa cantarina y contagiosa que hacía las delicias de propios y extraños. Todo eso, ay, el azul luminoso, la silueta de gacela, el color fresa, la sonrisa cálida, perdió lustre prematuramente y con premura. Sin que Alba, deliciosamente inocente, inocentemente ingenua, ingenuamente deliciosa, entendiese muy bien por qué el amor la había señalado a ella para exigirle tamaño sacrificio.

El amor llegó para Alba con nombre exótico. Pongámosle Zeno, por irnos al otro extremo del abecedario. Alba conoció a Zeno, y Zeno conoció a Alba, en una fiesta de la Facultad de Medicina, aunque ninguno de ellos estudiaba para galeno. Quien sí lo hacía era un amigo de Zeno, que quería liarlo con la hermana melliza de su novia, pensando que así esta le dedicaría más tiempo a él y menos a su hermana. La jugada le salió mal, porque Alba, una amiga de las mellizas, gustó mucho más a Zeno. Aunque ella no le hizo caso aquel día, para él ya estaba hecho lo más difícil: el primer contacto. Lo demás, sabiendo que Alba estudiaba Historia del Arte, que se alojaba en una residencia de la Ciudad Universitaria, y que le gustaban los cafés concierto y el teatro, era cuestión de estrategia y perseverancia.

Y Zeno era muy, pero que muy perseverante.

Al principio, como en la mayoría de los principios que consiguen llegar a algo, la cosa empezó bien. Zeno sabía cómo tratar a una mujer: era galante, culto, educado y divertido. Y además, se reveló como un virtuoso amante; de los que se preocupan por su pareja antes que por sí mismos.

Zeno colmaba a Alba de atenciones. Su único pero, si es que se le podía encontrar alguno, es que la contradecía a menudo. Una minucia, en modo alguno suficiente para empañar el amor de la muchacha. Porque Zeno, nacido y criado en el Foro, sabía de todo: de arte, de música, de literatura, de política, de deportes..., y ella no era más que una chica de provincias; de pueblo modesto, por más señas, y su experiencia de la vida era exigua. Zeno sabía, además, qué era lo más conveniente en todo momento: cómo pasar la tarde, con quién quedar, qué película ver, dónde cenar. Si ella decía «A», él decía «B»; y además, se justificaba con esa labia suya tan convincente. Si ella insistía, a él le sentaba mal: «Así no ayudas», «no entiendes nada», «siempre ha de ser lo que tú dices», se lamentaba. Y si ella argumentaba con ejemplos en contra, el enfado subía enteros, y la superior labia de él le demostraba, con contraejemplos reales o imaginarios que ella, en su ingenuidad, acababa dando por buenos, que estaba equivocada.

Así que Alba, con el tiempo, decidió dejar de opinar por el bien de la relación. Al fin y al cabo, qué más daba cine o bar de copas, si lo importante era estar juntos. Craso error, porque aquella claudicación no hizo sino dar alas al despotismo de Zeno. Quien empezó a fiscalizar sus minifaldas, sus escotes, su peinado, su maquillaje; a entrometerse con descaro en sus amistades de Facebook, en sus fotos de Instagram, en sus grupos de WhatsApp; a cuestionar sus viajes al pueblo —«Cómo vas a dejarme solo el fin de semana»—; y, lo que más le dolía a ella, a menospreciar a sus amigos, ante quienes la dejaba mal a la menor ocasión.

Y lo peor de todo: Zeno comenzó a perder con demasiada frecuencia los buenos modos.

Pero el amor lo puede todo, se decía Alba. El amor es más fuerte que el menosprecio, que el desdén, que los insultos. Y el esfuerzo mental que ella invertía en no molestar a su novio, en no contradecirlo, en vestirse y maquillarse a su gusto, en no decir ni hacer nada inconveniente, en buscar excusas para esquivar a sus amigos, en vivir en un sinvivir, en definitiva, fue mirando su energía vital, su autoestima y hasta la luminosidad del bonito azul de sus iris.

Un día, cuando ya Alba era presa de la melancolía, la muchacha conoció a Claudia, una destacada forera, activista de la lucha contra la violencia machista, que participaba en unas jornadas informativas organizadas por la Facultad de Derecho. Alba, quien había asistido a escondidas, logró hacer un aparte con Claudia en un receso, y en lo que dura un café le contó su caso con pelos y señales.

La ponente la escuchó sin pestañear. Con el último sorbo de su café, emitió su diagnóstico.

—Lo tuyo, querida, es un caso de «luz de gas» —dijo.

Alba la miró desconcertada. ¿Aquella mujer, en apariencia comprometida, se burlaba de ella? Pero Claudia no bromeaba.

—Un caso de manual —recalcó—. Precisamente ahora voy a hablar de ese y de otros tipos de violencia contra la mujer. Escucha atenta y comprenderás.

Y Alba aprendió que la «luz de gas», así llamada por Gaslight, un clásico de George Cukor, era una de las formas de maltrato más sutiles, más perversas y, a la vez, más difíciles de asumir, de explicar y de denunciar. Y que soportarla no daba derecho a ningún Óscar como el de Ingrid Bergman.



En lo físico, Alba y Zeno eran tal para cual: él también era guapo y alto. Tenía, además, el porte atlético que corresponde a un consumado deportista: practicaba el tenis, el baloncesto y la escalada libre. A veces alardeaba de su inmunidad al vértigo para impresionar a su novia: se colocaba en un lugar expuesto, por ejemplo, y hacía equilibrios a una sola pierna, como si le divirtiese —Alba sospechaba que así era— que ella se pusiera cardíaca y le rogase angustiada. La sierra madrileña era escenario de sus hazañas, durante las que, mientras los escaladores trepaban por esta o por aquella pared, Alba se aburría como una ostra, pues, a diferencia de las otras novias, ni escalaba ni osaba pasar de acompañar a su chico.

Un sábado por la tarde, varias semanas después de su primer encuentro con Claudia, al que se habían sucedido un par de citas para tomar café, Alba acudió a la buhardilla que Zeno tenía alquilada en Moncloa, donde el programa habitual de la pareja incluía hacer el amor —él prefería hablar de «echar un polvo»; lo de «hacer el amor» le incomodaba por afeminado— antes de salir a divertirse.

Orgullo de su inquilino, la buhardilla era un espacio angosto, como se le suponía, pero que el muchacho había decorado con estilo y funcionalidad. Además de cocina, baño y sala-dormitorio, contaba con una preciada joya, envidia de amigos y conocidos: una terracita orientada al este, ganada en tiempos pretéritos a la cubierta del edificio, con capacidad para dos tumbonas en que solazarse, o para una mesa y cuatro sillas —ambas configuraciones eran excluyentes, pero el material plegable las hacía compatibles— en que disfrutar de un picoteo a la fresca. Nada más franquear el paso a su novia, Zeno le anun-

ció el plan para el domingo; plan para el que, a esas alturas de la película, ni se cuestionaba su aquiescencia.

—Mañana iremos a La Pedriza —dijo—. Willy y yo queremos intentar una vía nueva, una muy difícil —precisó, para mostrar la importancia del evento. Y añadió, condescendiente—: va a hacer buen tiempo; podrás tomar el sol y todo eso que a ti te gusta. Te recogeré a las ocho.

La muchacha, que no había tenido tiempo ni de soltar el bolso, trató de mentalizarse de que, para lo que en realidad había venido, mejor así.

—No cuentes conmigo —dijo.

Zeno se percató de la poco usual, desafiante mirada de su chica. ¿Rabieta, quizá?

—¿Que no cuente...? —comenzó, airado. Pero si su primer impulso fue torcer el gesto, acto seguido lo relajó. Con las mujeres, como todo el mundo sabía, mano izquierda antes de utilizar la derecha—. ¿Es que tienes que estudiar? —aventuró con tono escéptico, sabedor de que la temporada de exámenes aún estaba lejos.

Alba estaba hecha un flan, pero había venido determinada a seguir los consejos de Claudia.

El primero, mostrar decisión.

—No vamos a seguir saliendo juntos —dijo, tajante—. Hemos terminado, Zeno.

Rabieta, sin duda. Pero él no recordaba haberle dado ningún motivo reciente. De hecho, no recordaba haberle dado motivo nunca para sus caprichosos mosqueos. Suerte que estaba acostumbrado a lidiar con ellos.

—Vamos, Alba, tranquilízate —dijo—. No sé qué es lo que...

El segundo, no dar oportunidad a la negociación. Ni explicaciones que puedan ser rebatidas. Hola y adiós.

—Ya me has oído: hemos terminado. Ahora tengo que ir-

me.

Lamentablemente, no había seguido el último consejo de Claudia: usar el teléfono. Alba era demasiado noble, o inocente, o ambas cosas a la vez, como para no decir las cosas a la cara. Y debería de haber previsto que Zeno no se lo iba a poner fácil. De momento, el muchacho ya se había interpuesto entre la puerta y ella. Desorientado aún, trataba de retomar el control.

—Vamos..., no puedes ir en serio —dijo, melifluo—. Tú me quieres, yo te quiero... ¿Por qué habríamos de dejarlo? Eso que dices no tiene ningún sentido... —Ella era frágil, indecisa; siempre lo había sido. ¡Era una mujer, por Dios! Y como tantas otras, necesitaba que alguien tuviese las cosas claras por ella; alguien que supiera hacerle ver lo que en verdad le convenía—. Mira, todo esto es una tontería —continuó—. Si no te apetece lo de mañana, no hay problema: llamo a Willy y lo aplazamos. Podemos ir de excursión tú y yo solos, o a pasear por el Retiro, o a...

Pese al tono temporizador, Alba sabía que el enfado y los malos modos eran cuestión de tiempo. Incluso sospechaba que serían inminentes. Y lo peor, con la salida bloqueada, era que ya no podía evitar las explicaciones.

El segundo consejo, a la porra por no haber seguido el tercero.

—No lo has entendido: ¡te dejo, Zeno! —insistió—. No quiero volver a verte. Me haces daño, has convertido mi vida en un suplicio... ¡Olvídame!

Ya estaba. Ya lo había dicho. Y a continuación, ¿qué? Si él no se apartaba, si se ponía violento, estaba dispuesta a gritar con todas sus fuerzas. Pero no era el caso, de momento. Zeno parecía más confuso que cabreado.

—¡Espera! —exclamó—. No puedes irte así, sin más. No puedes dejarme. Estás... Estás confundida, cariño. ¿Dices que te hago daño?... Pero si yo todo lo hago por ti, por tu bien.

Negó ella con la cabeza. En otro tiempo lo habría creído, pero ya no. Claudia le había hecho abrir los ojos. Y no, se repitió, no había venido a discutir ni a negociar.

—Quería decírtelo en persona. Ahora me voy —zanjó. Y, haciendo acopio de toda su dignidad recuperada, hizo ademán de ganar la puerta—. Adiós, Zeno.

No podía ser. Esto no podía estar sucediendo; no a él. Estupefacto, el muchacho se preguntó qué es lo que se le había pasado por alto. Porque ¿qué motivos podía tener ella? Ninguno, a no ser que...

Un destello de lucidez.

A no ser que...

—Hay otro, ¿verdad? —dijo; y su tono ya no era melifluido, sino desabrido—. ¿Quién es?

Tamaño alarde de necedad hizo que Alba, por primera vez en su relación con Zeno, se sintiese superior. Lo miró con desdén.

—No seas absurdo —dijo—. No hay nadie. Ya te lo he dicho: no aguanto más.

Pero él no escuchaba. Se recostó pesadamente contra la puerta, dejando claro que no pensaba apartarse con facilidad.

—¿Es ese tal Richard —inquirió con expresión taimada—, ese nuevo amigo tuyo del feisbuk? Es él, ¿verdad?

Alba abrió mucho los ojos.

—Qué... —balbuceó—. ¿De qué Richard hablas?

Que siempre la había espiado, eso ya lo sabía. Era una de tantas formas de controlar con quiénes se relacionaba. Pero nunca como ahora había tenido tan claro que no tenía derecho a ello. ¡Maldito cabrón...!

Zeno hizo una mueca de menosprecio.

—He visto lo que postea —dijo—: música romántica, clásica... ¡Hasta ópera, joder! ¿De dónde ha salido ese tío? Un cursi, eso es lo que es; ¡un maricón! Y tú... —Apoyó un índice

acusador en el esternón de Alba—. ¿Creías que no iba a darme cuenta? ¿Quién es ese marica, dime?, ¿de qué lo conoces?... — A cada pregunta daba un golpecito de índice en el esternón—. ¿Y por qué utiliza ese nombre tan ridículo, si es de Cáceres, que lo he visto en su perfil? ¿Es que es tan mierda que no se atreve a dar la cara?...

De estar hecha un flan a sentirse moralmente superior; y de ahí a verse humillada, todo había sucedido en pocos segundos. Alba se sacudió el índice de encima y, en un esfuerzo supremo por evitar la llantina que la dejaría inerte ante aquel ser embrutecido, gritó.

—¡Basta! Eres imposible, Zeno; déjalo ya... ¡Déjame en paz! ¡¡¡Adiós!!!

Consciente de que se acababan sus opciones, se abalanzó sobre la manilla de la puerta. Pero si creyó que levantar la voz a su novio era el modo, por lo insólito e inesperado, de que él se quedase bloqueado, no funcionó. Zeno fue más rápido.

—¡Ni hablar! —rugió.

Forcejaron sobre la manilla, hasta que él dio una vuelta a la cerradura con la llave y se la guardó en el bolsillo. Ahora su frente sudaba copiosamente, y un rictus salvaje, de desesperación o de ira, le desfiguraba el rostro.

—No vas... a dejarme... así como así —jadeó—. No puedes hacerlo... ¡No lo harás!

Resuelto, se internó en el pasillo. Su despectiva mirada se había vuelto fiera; tanto que a Alba, por un instante, le pasó por la cabeza que se dirigía a la cocina en busca de un cuchillo o de un objeto contundente con que golpearla. Él nunca le había pegado —su maltrato hería sin provocar hematomas—, pero siempre, se dijo horrorizada, hay una primera vez. Sin embargo, Zeno dejó de lado la cocina y el baño, y llegó hasta la sala-dormitorio, donde ella escuchó el inequívoco ruido de la puerta de la terraza.

Pasaron dos o tres minutos en silencio. Alba, en un ay, acabó por dominar el pánico, que no la angustia. La violencia, si la iba a haber, no parecía inminente. Intrigada, se deslizó, sigilosa y prudente, hacia la sala. Al acercarse sintió la corriente de brisa fresca que, proveniente de la terraza, fluía hacia el ventanuco del baño. Asomó un poco la cabeza en busca de Zeno: en la cama no estaba; un poco más: en el sofá, tampoco; un poco más... Pero sí fuera, en la terraza, con las manos apoyadas sobre el pretil de ladrillo enfoscado y la mirada perdida en el enmarañado horizonte de antenas y chimeneas.

—¿Zeno? —dijo, sin atreverse a alzar mucho la voz.

Quizá él se había calmado. Quizá solo necesitaba reflexionar, hacerse a la idea, y ella se había precipitado en imaginar terribles consecuencias, influenciada por los casos tremendos que se describían en los encuentros sobre violencia machista. Pero Zeno no era, aunque unos minutos antes lo hubiese parecido, uno de esos animales.

Sin duda la esperaba, porque su presencia activó en él algún resorte. Desconcertada, la muchacha vio cómo su novio —su exnovio, ¡qué narices!— apoyaba ambas manos en el pretil y, con la pasmosa destreza que le era propia, se aupaba al parapeto de un brinco.

Alba se llevó las manos a la boca para apagar un grito.

—¿Qué haces? —se espantó.

—Si me dejas, salto —dijo él solemne.

—¿Estás loco?

De pie sobre el remate de un palmo de anchura, con los brazos en cruz para mejor mantener el equilibrio y un patio interior seis plantas más abajo como amenazador destino, Zeno habló sin volverse. Su tono, firme al principio, fue perdiendo seguridad hasta acabar anegado en un gimoteo.

—Lo digo en serio: te quiero, Alba; no puedo vivir sin ti. Dices que te hago daño... No sé por qué lo dices, pero si eso es

verdad, te juro que voy a cambiar. Haré lo que tú digas, cariño...

Descompuesta, ella se agarró a la puerta entreabierta.

—Baja, por favor... —suplicó—. ¡No puedo verte ahí!

—Mis celos... son estúpidos, lo sé. Sé que tú me quieres solo a mí. Por eso voy a cambiar. Te necesito, Alba. No me dejes...

—Zeno, yo...

—No me dejes, vida mía.

Con el desgarrador «vida mía», Zeno se dio la vuelta. Nunca ella, en todo el tiempo que llevaban de relación, lo había visto tan desvalido, tan vulnerable. Implorante, él le tendió las manos. Ella avanzó en su busca. La esperanza pugnaba por abrirse paso en su maltratado corazón. Si de verdad él la quería, si fuese capaz de redimirse, si hiciese un esfuerzo por dejar de ser tan manipulador, tan egoísta...

Por supuesto que la quería. Y además, ya no era el macho alfa celoso, soberbio, seguro de sí mismo hasta la náusea. Era Zeno, el chico alto, guapo, musculoso, simpático, deportista, divertido, del que se había enamorado.

Su novio.

Alba levantó las manos, gráciles, en busca de las suyas, fornidas; y los ojos, luminosos, en busca de los suyos, profundos.

Ya no sentía temor.

Luz de gas.

Manipulación. Menosprecio. Palo, zanahoria, palo.

Ya lo dijo Claudia, que de esto sabía mucho: «Intentaré camelarte, confundirte; te juraré que te ama, que no puede vivir sin ti. Y si no has seguido a pies juntillas mis anteriores consejos, entonces habrás de aferrarte, como a tablón de naufrago, al último; aquel en que, cual mandamientos de Moisés, se encierran todos los demás: bajo ningún concepto, pero ninguno, le darás una segunda oportunidad. Antes muerta —es un decir,

querida— que claudicar».

—No me dejes, cariño, te lo suplico. Te necesito...

Alba se vio reflejada en aquellos bonitos ojos castaños, implorantes y profundos. Y el reflejo le devolvió toda una vida por delante; pero una vida de sometimiento, estrés y desesperanza. Una vida a la que estaba a punto de entregarse.

Y entonces, guapa, esbelta, alegre, ingenua, sumisa, manipulada, víctima de su amor irracional, la muchacha perdió la cabeza. O no, no la perdió. Quizá es que la encontró semihundida en el barro, en el lodazal donde Zeno había porfiado durante meses, durante años, por enfangarla y arrastrarla y humillarla; y decidió recuperarla y limpiarla; y devolverle su dignidad.

Ignorando las manos de su suplicante exnovio, Alba —guapa, esbelta, etcétera— apoyó las suyas sobre las rodillas de él y empujó.

—¡Vete a la mierda, cabrón!

Empujó con todas sus fuerzas.

3

—Inspector Ulises... —Al abrir la puerta, Claudia se sorprende con la mejor de sus sonrisas—. ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo estás?

Se hace la sorprendida, en realidad, porque sabe bien que hoy es día de visita.

—Bien, Claudia, gracias —dice el policía, siempre circunspecto—. Vengo a... Ya sabes.

—Claro —asiente ella, comprensiva, al tiempo que franquea la entrada—. Pasa, pasa... Berta se ha retrasado un poco por no sé qué avería en el metro, pero ha llamado para decir que está al llegar. ¿Qué puedo ofrecerte mientras tanto?, ¿una cerveza, un chupito de algo...?

Medio en serio, medio en broma, la provocativa oferta busca una recompensa.

—Puedo aceptarte un café —sonríe él.

Y ella, recompensada con la sonrisa, se hace la tonta.

—Claro, qué tonta soy —menea la cabeza, culpable—. Estás de servicio. Siéntate en la sala, que voy a prepararlo.

Una vez al mes, desde que Yago salió de la cárcel, el inspector jefe Ulises visita a Berta para asegurarse de que todo va bien. De que su marido respeta la orden de alejamiento, y de que ella no está preocupada, o no en exceso preocupada, al menos, por la cuestión.

El día de visita, casualmente, Claudia siempre está en casa. ¿Casualmente? Bueno. Habría que aclarar, para ser justos, que a Ulises, cincuentón, viudo, educado, buena presencia, culto pero

nada pedante, también ella le hace tilín. Si no, de qué iba a patear la calle todo un señor inspector jefe, por muy responsable del control de órdenes de alejamiento que sea, teniendo, como tiene, un puñado de subordinados.

La formalidad es breve. El policía hace las preguntas rutinarias a Berta, rellena el formulario de rutina y le recuerda los rutinarios consejos que deberían servir para mejorar su seguridad: que si echar un vistazo a la calle antes de salir, que si mantener a sus amigas informadas de adónde va, que si alertar de la menor sospecha. Luego, con el café de Claudia y las *cookies* de Berta, de las que siempre hay reserva en casa, la conversación y la visita se alargan por derroteros menos truculentos, más amables. Como comentar los últimos estrenos de la cartelera o recomendar los últimos libros leídos y anticipar los próximos a leer.

Esta vez, a la espera de Berta, la tertulia se produce antes, a dos.

—¿A la altura de Dios? No me suena de nada, nada.

Claudia examina con interés la colorida portada —una versión impresionista de la Torre Eiffel— del libro que el policía le obsequia.

—Es de un autor desconocido —explica él—, de esos que se publican a sí mismos. Pero mira, me lo recomendó un compañero y me ha gustado mucho. He pensado que a ti..., que a vosotras también os gustaría.

A ella no le pasa inadvertido ese primer «a ti».

—¿Ah, sí? ¿Y de qué va? —se interesa.

Y mientras el inspector Ulises habla de *Belle Époque*, de construcciones metálicas, conspiraciones anarquistas y más cosas que entusiasmarían a Claudia si prestase atención, ella piensa que quizá, después de tantos años, con un hombre así, honesto, bueno, porque el inspector es un hombre bueno, se le nota, lo transluce su mirada limpia, y fíjate la de cosas que habrá visto en

su vida, quizá con un hombre así, se dice, si le diese una oportunidad, si *se* diese una oportunidad, y además, atractivo, qué más se puede pedir, quizá podría intentarlo.

—... Y bueno, no te cuento más, porque la historia es muy emocionante. Tienes que leerlo.

Intentar aprender a querer y a sentirse querida de nuevo.

—¡Qué interesante! Ya me está apeteciendo.

Pero ¿qué decirle? El inspector le pone buenos ojos, de eso no hay duda, pero de ahí a pensar que... Seguro que mete la pata. Y por otro lado, si no es ahora, que están a solas...

—Te gustará —concluye él—. Además, está bien escrito.

Claudia, de perdidos al río, clava la mirada en el negro líquido de su taza.

—Ulises, yo...

Ulises, nada. En ese preciso instante, el ruido de la cerradura aborta la intentona.

—... Y *eseemeeses*, wasaps, correos electrónicos... Tampoco te ha enviado ningún mensaje, ¿no?

—No, nada.

Asiente el inspector Ulises, marca la casilla correspondiente y, completado el formulario, se da por satisfecho.

—Bueno, pues ya sabes: cualquier cosa que veas o que notes, aunque no sea más que un presentimiento, llamas a la Unidad y lo investigamos. Más vale prevenir.

Suspira Berta. Su cabeza va y viene entre las palabras del policía y el rostro, cada vez más difuso, por fortuna, del enemigo.

—Claro —asiente, taciturna—. Muchas gracias, Ulises; no sabes qué alivio es teneros pendientes de una.

El policía pone una mano cálida sobre la suya.

—Para eso estamos, Berta; para eso estamos —dice, y su voz suena, como siempre, afectuosa—. Bueno, he de irme —

añade, al tiempo que recoge sus papeles—. Todavía me espera un sinfín de papeleo en comisaría.

—Te acompaño a la puerta —dice Claudia, que ha asistido al protocolo como siempre: como muda, paciente espectadora.

—¿Seguro que Berta está bien? —pregunta en voz queda el inspector antes de salir—. La he notado... No sé, un poco tristona.

Si piensa en la otra noche, la de la furgoneta, tristona no es, la mejor palabra con que Claudia definiría a su amiga. Pero claro...

—No te preocupes —dice—. Tiene sus días, como todas nosotras; pero está bien.

—Ya. ¿Y tú? —se interesa él—, ¿cómo llevas lo tuyo?

Con dudas, piensa ella. Sobre lo de la oportunidad, lo de intentarlo de nuevo y todo eso. Pero sabe que hoy no habrá intento. Dentro de un mes, quizá.

—No me quejo —se encoge de hombros—. Tengo el blog, ya sabes...

—El blog, claro —asiente él—. Pero Claudia, yo creo que te vendría bien salir un poco. Distraerte. —Y es entonces cuando sus ojos grises, coronados por gruesas cejas incipientemente blanqueadas, adquieren ese brillo especial que ella ya ha detectado, sin reconocerlo, en ocasiones anteriores—. Yo podría... Ejem. Podríamos salir a cenar..., o al cine.

Sonríe ella. A veces la vida nos regala las oportunidades que insistimos en negarnos a nosotros mismos.

—... No tienes que aceptar, claro —recula él, prudente, ante la desmayada sonrisa—. Lo entenderé. Sé que has sufrido mucho por culpa de los hombres, y que...

Claudia endurece el gesto.

—No, de los hombres no; de uno solo. Y ni siquiera es un hombre: es un monstruo.

Desvía la mirada el policía, consciente de que su oferta ha sido, quizás, prematura.

—Cierto —coincide—. Lo siento. No quería...

—Acepto.

—¿Aceptas?

—Acepto. Y si me das tres o cuatro días, acudiré con *A la altura de Dios* leído.

Inspira hondo él, complacido.

—El fin de semana, entonces —dice—. ¿Te llamo?

Pobre inspector Ulises, se avergüenza Claudia. Si supiera. Pero... ¿y si la cosa sale bien? ¿Y si ella logra superar su bloqueo? Seguir los impulsos, eso es lo que ha de hacer, en lugar de comerse tanto el tarro. Y el impulso le pide aproximar sus ojos avellanados a los masculinos ojos grises, lo suficiente como para verse nítidamente reflejada en ellos y como para poder depositar un esperanzador, esperanzado beso en los labios del policía.

—Claro. Y gracias por todo, Ulises.

Y por Dios que lo hace.

Lo del beso.



Glorieta de Embajadores, Puerta de Toledo, San Francisco, Plaza de España, las diferentes estaciones del paseo a marcha ligera de las tardes de martes y jueves se suceden hoy en un clima de tensión desde la salida.

—No me lo puedo creer: ¡estás flirteando con un policía! ¡Con *nuestro* policía! —A la altura de la Almudena, vuelve Berta una vez más al monotema de la tarde—. Por Dios, Claudia, ¿qué ocurrirá si descubre algo de... de lo nuestro? Si se te escapa una frase, un comentario...

—Eso —apoya Alba—. Una cosa es que venga a casa una

vez al mes, y otra... —La voz se torna en susurro—. ¿Y si le da por curiosear en *La mala sangre* y descubre alguna referencia a los crímenes?, ¿algo que le haga relacionarlos entre sí, o con nosotras?

—¿Creéis que me va a investigar como a uno de sus maltratadores? —responde Claudia, divertida.

—Es un policía, Claudia —le recuerda Berta—. Está acostumbrado a ello. Seguro que se ha estudiado el blog de pe a pa para conocerte mejor.

—Sí —coincide Alba—, es lo primero que habrá hecho si pensaba pedirte salir.

Minutos más tarde las tres mujeres alcanzan el Templo de Debod. Tan enfrascadas están en su monotema que no reparan en la belleza del atardecer, enmarcado en un cielo de puro azul, salpicado aquí y allá de nubes altas, pacíficas y orgullosas, y presidido por el disco solar, que declina enrojeciendo cuanto ilumina; lo cual incluye las nubes orgullosas, el antiquísimo monumento egipcio, los reflejos en el agua del estanque y los rostros de los niños que corretean en derredor.

—Podéis estar tranquilas —insiste Claudia, paciente, por enésima vez—. En *La mala sangre* no hay nada que deba preocuparnos.

—Pues bien que se debate sobre esas muertes, que han salido en todos los telediaros. ¿No debería preocuparnos eso? —se preocupa Alba.

Claudia se para en seco.

—Pero vamos a ver..., ¿qué os pasa? El blog era el mismo ayer que hoy, y, sin embargo, ayer no os preocupaba lo más mínimo.

—Cierto —reconoce Alba—. Pero es que ayer no sabíamos que *sales* con un inspector de policía.

—¡Que no salgo, jopé! —se desespera Claudia—. Que so-

lo me ha invitado a ir al cine.

—¿Y eso no es salir?

—Y además —abunda Berta—, estás colada por él. Se te nota un huevo, con perdón.

—¡Tonterías! —desdeña Claudia—. No diré que Ulises no me hace gracia, pero colada, lo que se dice colada...

—A ver, Claudia, que a mí me parece perfecto que salgas con él. A las dos nos lo parece, ¿verdad, Alba? Ulises es un caballero; es ideal para ti, y tú no mereces menos.

Inspira hondo Claudia, dispuesta a no enfadarse, aunque sin saber muy bien por qué.

—Estupendo —concede, paciente—. Pues entonces ¿qué estamos discutiendo?... ¿Queréis decirme a qué viene tanta brasa con Ulises?

Se hace un incómodo silencio en el trío —un silencio que permite escuchar algunos trinos y el lejano berrido de un niño que no quiere su merienda—, hasta que Berta lo rompe.

—Lo que yo quiero decir —dice— es que quizá deberíamos dejarlo.

—¿El qué? ¿Lo de dar caña a maltratadores?

—Lo de darles matarile. Si ya de por sí es arriesgado, con la policía en casa, ni te cuento.

—Hum. Y tú, Alba, ¿qué opinas?

—Estoy de acuerdo. Creo que ya hemos enviado un mensaje a todos esos cabrones de ahí fuera. Y a nosotras, tarde o temprano nos cogerán si seguimos en esto.

Coge Berta una mano de Claudia entre las suyas. Acaricia la piel elástica, aún joven, de su amiga.

—Sería una pena estropear un romance tan bonito —dice.

Y Alba se abraza a la mujer que le abrió los ojos. A su confidente y protectora.

—Y romperle el corazón al inspector Ulises —bromea—, je...

Una imprevista humedad empaña los ojos de Claudia. A pesar de todo, del cariño de sus compañeras, del renacer de su propio corazón, de su sensatez y su sentido común, duda.

—Entonces, ¿qué hacemos con lo de Víctor?

—¿Con ese hijo de puta? —se enardece Berta—. Me duele en el alma que se vaya de rositas, pero lo dejamos.

—Sí, lo dejamos —ratifica Alba.

—Está bien. Se acabó entonces. —Claudia, las comisuras de los ojos desbordadas, se abraza a sus dos amigas—. Os quiero.

—Echaré de menos esos polvos salvajes —se lamenta Alba—. Los previos.

Aún abrazadas, las tres amigas estallan en carcajadas. Unos jubitados de boina y chaleco de lana que juegan a la petanca en una improvisada cancha cercana sonrían al verlas.

Mujeres.



Fulano ha añadido 10 fotos nuevas.
Mengano ha compartido la publicación de Zutano.
Fulanita ha compartido el vídeo de Menganita.
Zutano está con Mengano y Perengano.

Veinte minutos de chorradas sin cuento convencen a Berta de que no hay nada que merezca la pena esta noche. Mejor habría sido apagar antes la luz, se dice con un bostezo. Pero antes de desconectar...

Personas que quizá conozcas.
Fulanito...
Menganito...
¿i...!?!

Si Berta se hubiese asomado al vacío desde lo más alto del Viaducto, desde la azotea de la Torre Picasso o desde la cúspide del Pirulí, su estómago no habría dado un vuelco tan grande.

Yago de tal. Zutano es un amigo en común.

Yago.

Vértigo. Sofoco. Vergüenza. Humillación. Todo eso siente Berta, y, aun así, duda si clicar en la fotografía. La miniatura no permite apreciar bien los rasgos, y la curiosidad se abre paso entre los demás sentimientos.

Respira hondo Berta para calmarse. No pasa nada, se dice. Solo ver mejor la fotografía y apagar. Además, Facebook no da pistas sobre quién ha mirado tu biografía.

¿O sí las da?

«No seas paranoica. Solo ver si está cambiado; reconocer al enemigo».

Clic.

Berta

La historia de Berta y Yago es la menos original de cuantas relatan un drama doméstico. Es, si se quiere, el drama doméstico estándar: el que comienza por hombre y mujer que se conocen, se enamoran, se ennovian y, tras un lapso que depende de los posibles de ambos, se casan por todo lo alto que pueden. En el caso de Berta y Yago, de tul ella, de frac él, en una de esas bodas que toda pareja pretende sea diferente, y que acaba siendo como cualquier otra, porque las bodas de tul y frac son todas iguales; y además, solo pueden ser horteras, esnobs o ambas cosas a la vez, según se hartó de repetir Yago; ante quien, por cierto, Berta hubo de ceder y conformarse con el juzgado de paz, porque «de pasar por la vicaría ni hablamos, querida. Yo, con los curas, ya sabes. Faltaría más».

Hasta ahí, bueno. Todo felicidad, más o menos. Pero centrémonos en el drama: él, egocéntrico, pagado de sí mismo; ella, modesta, la generosidad a flor de piel. Él, caprichoso, aficionado a los juguetes caros; ella, sencilla, inclinada a agradar a los demás. Él, prioridad al fútbol con los amigos, a las cervecitas con los amigos, a las cenas con los amigos; ella, resignada: «Pásalo bien, cariño, que te diviertas con los amigos».

Se ve venir, ¿no?

Y luego está lo de los hijos. Sabido es que el varón puede fecundar o no, y que la hembra puede concebir o no; cuatro combinaciones posibles con dos resultados posibles —hijos sí/hijos no— y una única conclusión en parejas con los antecedentes de la nuestra: que la cosa —en un caso porque exige mucho sacrificio, en el otro porque falta algo— solo puede ir a peor. Por lo que fuese, Berta y Yago no los tuvieron, y hoy es el día en que ella lo agradece más que lo lamenta, pues no le gustaría que los hijos la hubiesen acompañado en su descenso al

abismo.

Primero fueron ocasionales reproches, miradas inculpatorias, desdenes.

Luego el desprecio pasó a hacerse cotidiano. «No sabes planchar; vaya mierda de camisas». «Conduzco yo; las mujeres sois un peligro al volante». «No tienes ni puta idea de cocinar; el guiso está poco hecho». O demasiado hecho, o salado, o soso, o aguado. Y los celos —«¿Celoso yo?, qué cosas tienes», solía decir durante el noviazgo— tomaron carta de naturaleza. Le reñía si se maquillaba para salir sola a la calle, le borraba del móvil los números de amigos y conocidos, la llamaba a todas horas para preguntarle con quién estaba. Hasta llegó, un día que ella amenazó con dejarlo, a quitarle las llaves de casa y a dejarla encerrada mientras él se iba al fútbol.

Para entonces los celos imaginarios se habían desbocado, y Yago había pasado a mayores: bofetones, empujones, tirones de pelo, agarrones del cuello. E insultos, barra libre de insultos: «Putá, más que puta, ¿a quién te follas? Desgraciada. Te voy a partir la cara. Te voy a matar».

Cuando se es una Berta, el infierno no está tan lejos como parece. No es necesario morir pecadora para ir directa a él. De hecho, no es necesario morir ni pecar; basta con enamorarse de una mala persona.

De un Yago.

Al final, cuando los golpes acabaron dejando huella, ella dio el salto: denunció. Y la cosa acabó para él en condena: tres años de prisión y cinco de prohibición de acercarse a menos de quinientos metros, así como de ponerse en comunicación con ella por cualquier medio.

Aunque Yago salió de la cárcel hace tiempo, Berta, de momento, puede estar tranquila: la orden de alejamiento sigue

en vigor



El primer contacto entre Claudia y Berta tuvo lugar durante una concentración de repulsa por un asesinato machista que había dejado dos huérfanos en Fuenlabrada. Las numerosas mujeres y los pocos hombres que acudieron aquel martes por la mañana a la convocatoria formaban un corro alrededor de la fuente situada en el centro de la plaza de la Constitución, frente a los Juzgados donde el presunto culpable —«presunto» por formalismo obligado, porque al fulano lo habían cogido con un cuchillo manchado de sangre en las manos manchadas de sangre— había sido puesto a disposición judicial.

Claudia, que se preciaba de acudir a estos actos siempre que le era posible, pidió el día libre para presentarse de incógnito —pañuelo de seda a la cabeza, gafas oscuras tamaño extra-grande, solapas de la gabardina hasta arriba—, como acostumbraba desde que el acoso mediático al que fuera sometida durante el juicio contra su esposo la hubiese convertido en un rostro conocido.

Hubo, por supuesto, flores, velas y pancartas. Durante la lectura del emotivo manifiesto redactado por el Consejo Local de la Mujer, Claudia, desde la tercera o cuarta fila, se percató de que una de las mujeres situadas en primera línea del amplio círculo giraba a menudo la cabeza para dedicarle indisimuladas miradas. Un minuto de silencio y una ovación cerraron el acto. Los asistentes, conjurados para que no se repitiesen hechos tan luctuosos, rompieron filas y se disgregaron en pequeños o grandes corrillos, emocionalmente necesitados de apoyo mutuo y de retrasar la vuelta a sus labores cotidianas. Claudia, en cambio, atravesó la plaza sin demora para dirigirse a la vecina estación

de cercanías. En cinco minutos salía un tren, en veinticinco más desembarcaría en Madrid-Atocha, y en otros quince de agradable paseo estaría de vuelta en casa. Tendría tiempo, antes de comer, de actualizar su blog con la crónica del acto de Fuenlabrada. Bajó las escaleras que comunicaban la plaza sobreelevada con el nivel de la calzada, pero, antes de que llegase a pisar el paso de cebra, una voz femenina a sus espaldas la llamó por su nombre. Se volvió con curiosidad, un tanto decepcionada por la poca fiabilidad de su incógnito.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo una desconocida que se apresuraba a alcanzarla—. Claudia de tal.

Era la mujer del corro, la de las miradas indisimuladas. Aunque pretendía parecer segura, en el «¿verdad?» había un asomo de duda. Mientras se acercaba, Claudia la examinó con sus ojos expertos de encargada de boutique: así, a primera vista, sería diez años más joven que ella; gastaría una talla menos, a juzgar por su buena figura; y tendría su misma estatura, o quizá algo más, pues calzaba bailarinas mientras que ella se había puesto las sandalias de cuña. Vestía de forma sencilla, y, aunque saltaban a la vista lo económico de su traje sastre y la fatiga de los complementos —el fular anticuado, el bolso de imitación, las bailarinas gastadas—, la forma en que los combinaba no estaba exenta de gusto. Lástima de su abundante media melena castaña, pues las raíces excesivas demandaban un tinte urgente. Y aunque unos labios llenos y unos bonitos ojos color café dominaban su rostro redondeado, el conjunto, que las tenía todas para resultar atractivo, no acababa de transmitir una impresión saludable.

—Hola, me llamo Berta —dijo la desconocida, con una sonrisa desprovista de carmín y de alegría, cuando se colocó a su altura—. Berta de cual. Eres Claudia, ¿verdad?... Seguí lo tuyo por televisión, ya sabes, y... —Había hablado muy seguido, jadeando por la corta carrera, y se interrumpió para cobrar

aliento—. *En fin, quería decirte que siento mucho lo que te ocurrió. Y que te admiro por tu entereza y por tu valor y...*

Tales manifestaciones de apoyo, frecuentes antes, escaseaban cada vez más, ya fuese por el tiempo transcurrido, ya porque Claudia, con su afán por el incógnito, las desincentivaba.

—*Gracias —agradeció, en cualquier caso—. Es muy amable por tu parte.*

—*Soy una incondicional de La mala sangre, ¿sabes? —añadió la mujer, tratando de prolongar el encuentro—. No quiero decir que contribuya mucho, la verdad, con comentarios y todo eso... No soy muy dada a escribir, pero me leo todas las entradas. Eso también quería agradecértelo: la labor que haces con las mujeres maltratadas. Tiene mucho mérito, después de todo por lo que has pasado.*

Claudia asintió. Tentada estuvo de darle las gracias de nuevo y de dar media vuelta para dirigirse a la estación, pero algo, ya fuese la sonrisa pálida o la mirada que pretendía ser animada, pero que traslucía aflicción, le dijo que en aquella mujer había necesidad. Y que, más que económica, que también, la suya era probablemente una necesidad de afecto, algo que ella se había acostumbrado a no regatear.

—*¿Tú también...? —aventuró con tacto.*

La mujer abatió la mirada. Con la mano derecha se pasó la melena por detrás de la oreja.

—*Lo mío fue distinto —dijo, encogiéndose de hombros—. No tan horrible como lo tuyo, quiero decir.*

Pero se llevó una mano a la boca, reprimiendo un sollozo. Claudia presintió que las lágrimas estaban a punto de brotar. Miró a su alrededor. En la estación había una cafetería con varias mesas vacías, visibles a través de un ventanal. Una pizarra anunciaba desayunos —café con leche y bollo o tostada— a 2,20 euros. Consultó su reloj de pulsera, pero se dio cuenta de que no

tenía un tren que perder: había uno cada diez minutos con destino a Atocha. Y además, nadie la esperaba en casa. Sacó un paquetito de pañuelos desechables del bolso.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció junto con los clínex.

La mujer se sonó la nariz y luego asintió; y en su tristonera mirada color café Claudia interpretó una honda gratitud. No tanto por la invitación como por la certeza de haber encontrado a alguien que sabía escuchar.

Un té caliente confortó a Berta. Lo bastante como para animarla a contar sus cuitas a Claudia: los celos, los golpes, los insultos, la denuncia, el piso de acogida para ella, el juicio, la condena, la cárcel para él, el regreso de ella, en fin, al domicilio conyugal vacío, opresivo, lleno de aciagos recuerdos. El calvario había acabado en una victoria que Berta percibió como derrota: constató que vivir en su propia casa la aterraba. La sombra de Yago se le aparecía por doquier: le hacía dar respingos en la cama en cuanto se adormecía; cuando se duchaba creía ver, al más puro estilo Hitchcock, una presencia al otro lado de la mampara; si hacía viento le parecía que alguien tableteaba en la persiana desde el balcón; y cuando sentía voces en la escalera aguantaba la respiración, temerosa de que, acto seguido, alguien —él— llamase a la puerta. Había vaciado el armario de su ropa y el baño de sus efectos personales, en un vano intento por alejar la sombra. Todo ello estaba ahora guardado en maletas que ocupaban un altillo, junto con el retrato de boda, las fotos de luna de miel y otros muchos recuerdos de la vida conyugal que se le antojaban insoportables. Aun así, el apartamento no daba para hacerlo desaparecer todo: la ropa de abrigo, la de deporte, el calzado, la colección de coches en miniatura, la bicicleta de montaña...

Para rematar el desasosiego, conocidos de él llamaban a menudo por teléfono: unos, por ignorancia; otros —estaba se-

gura—, para fastidiar. Primero dejó de contestar, y luego, cuando se cansó de escuchar mensajes que no tenía intención de responder, dio de baja la línea. Con el móvil tenía bastante.

Total, que Berta estaba a salvo de su marido, pero tenía los nervios deshechos. Su vida era un desastre, y por si todo eso fuera poco...

—... No me llega para el alquiler —confesó, apurando la última esquina del último clínex de Claudia—. ¿Cómo va a llegarme, si no tengo más ingresos que la ayuda social?

—¿No tienes trabajo?

—Yago no quería que trabajase. —Berta alzó los hombros. La fatalidad parecía ser dueña de su voz y de su semblante—. Decía que él ya ganaba suficiente, que yo debía cuidar de la casa, y fui tan burra que le hice caso. ¡Ojalá me hubiese plantado el primer día!

—Pero podrías..., no sé. ¿Los servicios sociales no te han ayudado en eso?

—Lo han intentado, no creas. Me han enviado a varias entrevistas relacionadas con lo mío; pero no me cogen por falta de experiencia.

—¿Qué es lo tuyo? —se interesó Claudia.

—Tengo un Grado universitario en Filología francesa. ¿Te lo quieres creer?... Maldito para lo que me sirve, aparte de para hacer cuatro traducciones por libre. Lo poco que saco me lo dejo en psicólogos...

En psicólogos.

—A mí me vas a decir... —Claudia rio por primera vez—. ¿Sabes qué creo? —añadió—. Que las víctimas de maltrato deberíamos psicoanalizarnos entre nosotras. Mejor nos iría.

Por primera vez, también Berta se permitió una sonrisa.

—Sí, y nos saldría más barato.

Apuraron sus té. Claudia consultó su reloj. Habían transcurrido tres cuartos de hora de una charla que se le había hecho

agradable; no por la sordidez del tema, naturalmente, sino por la espontánea humanidad que emanaba de Berta. Claro que la infeliz buscaba desahogar sus penas, pero no pedía nada para sí misma: ni ayuda, ni adulación ni compasión; solo que alguien la escuchase. Claudia concluyó que le gustaba su compañía.

—Y en el piso, el de acogida, ¿qué tal te fue? —preguntó, por rellenar el par de minutos que quedaban hasta el próximo tren.

—Regular, por no decir mal. Era un poco caótico: entraban unas, salían otras, había buenos y malos rollos, discusiones absurdas, niños traumatizados... —Berta se golpeó la sien con el índice—. Normal; si estábamos todas de aquí...

—¡De psicólogo!

Volvieron a reír las dos. Se despidieron. Berta había quedado a comer con una conocida de Fuenlabrada, por lo que regresaría a Madrid más tarde. Se deshizo en agradecimientos a Claudia por su amabilidad, por su tiempo, por su blog.

—Siento haberte hecho perder varios trenes, oye; pensarás que soy una pesada.

Claudia quitó importancia con un gesto de su mano.

—He estado muy a gusto, chica; un placer, te lo digo en serio.

Le pidió su número de móvil. Los intercambiaron. No quiso decirle nada así, en caliente, pero se le había ocurrido algo que encajaba con un proyecto que llevaba madurando algún tiempo. Algo que prefería consultar con la almohada.

Continúa.

Libro completo disponible [aquí](#).